

Claudio, que nadie llegaría en el mundo á separarlos: consuelos dados inconscientemente por la fortuna en ciertos instantes supremos á sus víctimas, cual suele ofrecerlos por su parte á sus enfermos la implacable Naturaleza.

— No puede ser, no — gritaba.

— ¿Qué no puede ser? — le preguntaban sus siervas.

— Que Claudio disponga mi muerte.

— ¡Oigante los dioses! — exclamaban las infelices en su desesperación de los remedios humanos.

— Muy dado á pleitos y causas, no ha de condenarme sin oirme; y como me oiga, se ablanda y entrega.

— No quiero desesperarte — le dijo una de las siervas; — pero acuérdate de cómo no impera Claudio sobre Roma, sino, sobre Claudio, Narciso.

Un estremecimiento casi epiléptico sacudió el cuerpo de la emperatriz á este recuerdo.

Así, crispáronsele ambas manos; resolló el pecho como si la pena lo despedázara; saltáronsele casi de las órbitas los ojos aterrados; la garganta despidió un suspiro análogo al estertor de la muerte, y tuvo que agarrarse á su confidente para no caerse. Pero tal estado pasó como un vértigo. Flexible, muy flexible su naturaleza, bien pronto se repuso de tamaña sacudida y volvió á contraer la ciega locura de las desmedidas esperanzas. En tal estado, exacerbadísimo por la horrible agitación que la sobrecogía, daba por el jardín vueltas con aire tan imperioso como en la procesión de su triunfo; gesticulaba cual en los días que iba de verdadera emperatriz, puesta en guisa ídolo sobre los almohadones litúrgicos de su litera imperial; hacía numerosos ademanes de mando con aire natural de majestad no prestada, y sacudía la cabeza como para despedir cuantas ideas pudieran sugerirle de miedo las amenazas que revoloteaban, en guisa de aves rapaces, sobre su persona, completamente desvariada y enloquecida en aquellos instantes supremos á los impulsos del terror, mal conjurado por su imperiosa voluntad y por sus intensísimas fuerzas.

— ¡Ah de mis guardias! — gritaba en su delirio. — Yo soy la emperatriz. Yo he ocupado el tálamo y el trono de los césares. Quien me obedece, prospera. Quien á mi voluntad se resiste, muere. Los

dioses tiemblan si yo les miro airada. Como que yo tengo los soldados, poderosísimos sobre todas las divinidades juntas. Nadie sabe dónde irá el rayo; mientras que á mi mano, á mi voz no más, muévense tanto las espadas del pretoriano como los puñales del espía. Comparto el sacerdocio de Claudio y soy, como él, pontífice. Por tanto, sacerdotes de Roma, corred en auxilio de quien puede perderos ó salvaros con cualquier fórmula litúrgica. Augures, abrid las entrañas de las víctimas y comunicadle, después de haber contado sus palpitaciones, al Emperador, cómo no podrá perdurar en el poder imperial sino junto á su emperatriz. Que se reuna el Senado para conocer de sus demandas á Claudio. Que los prefectos del pretorio me acompañen cual me acompañaban por la vía Sacra en tantas procesiones donde yo aparecía hermosa como Cleopatra y soberbia como Livia. Obedecedme, ó de lo contrario, apercibíos á morir. Las cabezas de innumerables enemigos han rodado á mis plantas. Yo tengo tantas muertes hechas en la corte como cualquier general en las batallas, y no me desposeerán del amor de Claudio, quien reconoce haber en mis brazos únicamente saciado alguna vez la sed sensual de goces brutales diseminada por todas las fibras de sus ardientes carnes. Y cuando á la fuente me miro, todavía me hallo tan hermosa que no se apartará de su mujer quien ha dispuesto de su hermosura en primer término; y cuando recuerdo lo sucedido en otras ocasiones, creo que Claudio escuchará siempre y obedecerá rendido á su esposa. Dadme, siervas, tablilla de blanca cera y mi estilo más ateniense, pues redactaré rescriptos para entregados al César, decretos para entregados al pretorio, cánones para entregados al Pontífice, que me aseguren el dominio de Roma, la cual ha vivido harto tiempo bajo mis pies para erguirse ahora de pronto y segarme la cabeza.

Y Mesalina repartía las órdenes, que iba febrilmente redactando, entre las siervas y los emisarios, como si aún tronara en las altas cumbres del Estado y aún dispusiera de las fuerzas públicas. Los enviados, penetradísimos de la desesperada situación en que la suicida señora del mundo se hallaba, no querían disgustarla con adversas noticias y le prestaban por piedad todo el acatamiento prestado en sus mejores días por fuerza, yendo á complacerla sin decirle que se hallaba prisionera y que aquel jardín tan deleitoso

habíase trocado en una triste cárcel. Efectivamente, Narciso había puesto como un asedio al espacio donde se refugiara su víctima. Por los setos que lo circundaban veíanse grupos de soldados, con las armas requeridas y dispuestas, como en cualquier campamento. Á las puertas grandes y chicas, vagaban las sombras de los esbirros, con el puñal á la cintura, esperando la hora de aquella inmolación y sacrificio en guisa de tigres al husmear frescas carnes y caliente sangre. Todos los libertos, interesados en la suerte de aquel primer ministro y enemigos de cuantos enemigos tuviera Claudio en Roma, celaban, dentro ya del jardín, las encrucijadas, con tal celo y recato que parecían seres invisibles puestos allí, como un gran misterio, y hechos unas verdaderas sombras, según el sigilo y el silencio con que cumplían, hurtando el cuerpo entre los árboles y el follaje, las extrañas consignas. Situación verdaderamente lamentable la de aquella mujer, que se había rebujado, como bajo una colcha, bajo el manto imperial, para saciar todos sus apetitos, así como para ejercer todas sus ambiciones, y encontrábase con que un liberto le tendía espesa red como á inocente avecilla y desde las alturas por donde volara tanto tiempo la hundía en el abismo cubierto por una perdurable noche. Naturalmente, cuando Mesalina entregaba cualquier tablilla con orden á sus siervos, corrían éstos muy solícitos, en señal de su afán por obedecerla, pero tenían que volverse á una, sin los encargos, detenidos y robados por los vigilantes puestos en el apretado cordón que circuía y cerraba los asediados jardines. La emperatriz se airaba contra ellos y concluía por golpearlos en castigo á no haber cumplimentado sus órdenes. Á veces, en uno de tantos desengaños como la herían y de tantos presagios como la conminaban, revolvíase contra sí misma y se mesaba con furia el cabello. Pero estas ráfagas obscurísimas de triste desesperación solían durar poco, y la confianza en el perdurable durar de sus prestigios sobreponíase á todas las evidencias de su desgracia y le sugerían mil expedientes á cual más vano y mil salidas á cual más imposible. Hallándose la cuidada en uno de tales raptos por la soberbia sugeridos, quedóse como petrificada, helándosele por completo en las venas su ardiente sangre. Todas estas mujeres que son muy hermosas, pero nada buenas, como les falta en su alma, en su interior, en la profundidad

íntima del ser suyo la bondad, suelen á lo mejor, bajo las máscaras más hermosas, revelar toda su fealdad moral y destruir sus propias perfecciones corporales. ¿Qué había pasado? Pues que acababa Mesalina de oír un sollozo. Y este sollozo recién oído por la emperatriz la petrificó; semejándose, con los cabellos erizados, la boca entreabierta, los ojos fijos, las facciones rígidas é inmóviles, el espanto translucido á todas las fibras; pareciéndose, decía, su cabeza, tan hermosa, en aquel estado, á la célebre cabeza de Medusa. Los circunstancias, en cuyos ánimos el sollozo, resonante y creciente, no podía obrar cual obrara en el ánimo de Mesalina, socorriéronla, creyéndola víctima de algún espanto producido por la horrible aparición del mensajero que traía la sentencia de muerte. En efecto, á medida que aquel amargo lloro crecía, se quedaba más rígida y más inmóvil y más petrificada, como una de las estatuas circunstancias, aquella infeliz emperatriz tan probada por los irremediables castigos asestados á sus enormes culpas. El accidente que así la sobrecogía perduró de tal modo, que las siervas hubieron de sacudirla con fuerza para sacarla de su estupor con prontitud. Mas entonces, recobrado el sentido, y con el sentido su natural movimiento, cayó Mesalina de hinojos, tendió al aire los dos brazos, cruzó las manos, echó atrás la cabeza, de la cual se desprendieron las trenzas sobre las espaldas, y solamente acertó á proferir en la vibración de sus labios la palabra ¡perdón! En efecto, Lépidia, madre de Mesalina, era la mujer que lloraba con aquellos espantables sollozos.

— ¡Dioses míos! — exclamó la emperatriz en cuanto sacudiera su primer estupor — ¡mi madre!

— Sí, tu madre — respondió Lépidia, sollozando con mayor fuerza que antes, pero sin lanzarse á los brazos de Mesalina en tal momento ni hacerle una caricia.

— ¡Perdón! ¡perdón! ¡perdón! — dijo la emperatriz mil veces, al ver mezclada, con la ternura que revelaban las lágrimas de Lépidia, su rigidez en voz y en actitud.

— ¿Perdón?... Yo te había perdonado, hija de mis entrañas. El corazón de una madre sólo sabe amar. Nunca fuí contigo justiciera; por lo contrario, siempre fuí misericordiosa. Tú, en cambio, mataste implacable, como infernal furia, en tus devaneos, al padraastro en quien hallaras un padre y al esposo que yo escogiera por

último compañero de mi vida y que me amara con una pasión en la cual se mezclaban intensidad y constancia; pasión bien impropia de nuestro tiempo, y en pago de la cual yo le permaneceré fiel hasta más allá de la muerte.

— ¡Perdón! ¡perdón! ¡perdón! — repetía Mesalina, fuera de sí ante la frialdad marmórea con que Lépida, la infeliz, después de haber interrumpido los primeros sollozos y enjugándose las posterras lágrimas, contaba esta horrible tragedia de su historia, en que la hija de sus entrañas inmoló al marido de su corazón.

— ¿Perdón me vuelves á pedir, Mesalina? Yo te perdoné al cometer el crimen, pero los dioses no han querido perdonarte.

— Lépida, ¡cuán crueles! — gritó la emperatriz desesperada.

— Yo había esperado que, dada la condición suya de padres nuestros, te quisieran cual te ha querido tu madre y te perdonaran cual tu madre te ha perdonado. Pero ¡ay! este amor que sentimos las madres por todos los frutos de nuestro vientre, no deben sentirlo á su vez los dioses, según como te persiguen y te castigan.

— ¿No habrá piedad para mí? — preguntó Mesalina en su dolor, mirando, como pudiera mirar veraces augurios, los ojos de Lépida.

— ¡Hija mía! — le respondió Lépida, poniendo gran ternura maternal en su dulce vocativo, — hija mía, lo declaro, mi alma no solía estremecerse tanto al ver la enormidad horrible de los crímenes que perpetrabas como al ver la enormidad del castigo que te atraías. Sonó la hora de tal castigo. Y tu madre, olvidada por completo del daño que le has hecho en recompensa de la vida que te diera, viene tan sólo á despedirte con dolor y á recomendarte patricia dignidad en la muerte.

— ¡La muerte! ¿Qué dices de muerte? Quitadme tal mujer de delante. ¡Oh! Está loca. Tras tantos lustros de ausencia y separación, viene ahora como Euménide infernal á vengar su esposo, matándome con su palabra, más fría que una cuchilla de carnicero. ¡Morir en florida juventud, cuando mis ojos resplandecen como luceros y mi pecho respira con esta felicidad, y la sangre roja hierve á borrones en mis cálidas venas, y el amor enardece todas mis fibras en voraz incendio vital; morir ahora paréceme un absurdo, un contrasentido, un imposible! Los romanos jamás dejarán que al puñal de sus esbirros muera la joven que ha llevado sobre las espaldas gravemen-

te su Imperio. Pues qué, ¿los buriles de sus escultores no han tallado mi efigie sacra en mármoles pentélicos, y colocádola cual una divinidad en puertas de jardines, vestíbulos de templos y encrucijadas de vías? Pues qué, ¿las más ilustres señoras no han grabado en piedras preciosas cuadritos donde mi Octavia y mi Británico parecían diocesillos y yo misma la veneranda mujer de Júpiter? Pues qué, ¿no me han vestido con el traje, y no me han adulado con los símbolos de antiguas y castas divinidades cual Juno y cual Ceres? No habría senadores en Roma, ni Pontífices ni cónsules, ni tribunos ni latinos, de consentir la muerte mía y á manos de cuatro libertos. Eso no puede ser, eso no será, mientras quede un solo dios en el Olimpo y un solo mortal en el mundo. Tengo apenas treinta y tres años; vivo en toda la expansión de una juventud robusta y feliz; poseo el amor de un esposo que seguramente preguntará por mí esta noche á la hora de acostarse; he dominado la tierra con mis rescriptos y puesto á mis pies la justicia con mis sentencias: en tal posición, han de forjar aún los dioses el rayo con que pueden acabarme, y han de caer al fuego de mis ojos los esclavos salidos de mis ergástulas que se creen dueños de mis jardines y de mis palacios. ¡Ah de mis guardias, de mis siervos, de mis cortesanos, de mis senadores, de mis jueces, de mis soldados! Rodead todos á vuestra emperatriz, que si puede creerse una diosa es por vuestros homenajes.

— Contempla, Mesalina, cómo ninguna voz amiga responde á tu voz y ninguno de tus antiguos cortesanos surge á tus inútiles palabras. Este silencio te persuadirá, más que mis avisos, á la creencia en tu irremediable abandono. Todos cuantos acudían solícitos á mera indicación tuya se han huído. No quedan junto á ti sino estas infelices, modelo de fidelidad, y tu madre, al cabo madre. Mesalina, recógete dentro de ti para pensar en lo que has hecho y comprender cuanto ahora te pasa. Hija de Barbato, descendiente de César, sobrina de Augusto, nieta de dioses, piensa tan sólo en morir con dignidad como cumple á tu estirpe divina y á tu sangre patricia.

— ¡Morir! ¿Y una madre habla de muerte á su hija? Yo he luchado mucho, pues mi cargo imperial así lo demandaba. Yo he inmolado en este combate por el imperio á todos cuantos quisieron con sus odios destronarme. Yo he ceñido, con cabezas por mi mano

segadas, las áreas del Foro. En estos odios yo he querido con furor á mis hijos. Por Británico y Octavia daría yo sin pestañear la vida, pegada con más fuerza, como ves, á mi piel, que mi piel á mis huesos. ¡Y tú, tú, tú, madre, que me has engendrado, que me has parido, que me has lactado, háblasme de morir, sin volverte á cuantos quieran infligirme la muerte, defendiéndome como defiendo con sus uñas el águila en los nidos á sus aguiluchos y á sus cachorros la leona en el desierto!... Lépidia, tú no has engendrado, tú no has parido, tú no has tetado, tú no has puesto jamás en tus pechos y á tus rodillas á esta mujer, sin madre, indudablemente sin madre, cuando tú, Lépidia, eres osada hoy á decirme que perezca y me resigne á la muerte. La última de las criaturas humanas tiene una madre; pero no la tiene ¡oh! Mesalina, la señora del mundo.

— ¡Mesalina ¡oh! no seas insensata! Después de cuanto has hecho conmigo, la Historia no creará mi aparición súbita en este sitio fúnebre y mi asistencia personal á esta horrible agonía. En todos los hombres pudistes fijarte, si querías pisotear tus deberes de casada; en todos menos en mi marido, tu padrastro, que fuera dentro de la familia para ti un segundo padre. ¡Oh! ¡Enamorarte de sus prendas, atraerlo para seducirlo, y, cuando herido por la monstruosidad horrible de tu crimen y por el espantoso infernal intento tuyo se resiste, lo matas, dejándome viuda inconsolable perpetua, y aún te plañes de mí, loca, y aún te quejas, cuando sólo una madre, bajo tales antecedentes, vendría hoy á sostenerte y consolarte amorosa en tan tremendo trance!

— ¿Pero me van á matar de veras, Lépidia?

— Sí; van á matarte, hija mía, van á matarte. No lo dudes. Tu madre viene á decirte con el corazón traspasado, porque al fin de mis entrañas saliste; y si pudiera, en mis entrañas habría de recluirte y encerrarte para que los verdugos no pudieran hacer en tu cuerpo daño ninguno. Yo soy tu madre, óyelo bien, tu madre. Y he olvidado lo que hicieras conmigo, puesto ahora en la cuenta de tus culpas y en la causa de tus desgracias por haberme provocado; que, á callarte, no dijera yo palabra ninguna cruel, antes empleara, como si no hubieses procedido mal con tu madre, las mismas dulces murmuradas tantas veces por mis labios en tus oídos de niña, pues al verte créome que te siento latir y palpitar toda-

vía en mis entrañas. Yo he corrido Roma entera en tu auxilio. Yo he besado las plantas á los libertos de Claudio para que te perdonasen. Yo he pedido una isla para los dos con objeto de que cerrara mis ojos esa mano, que yo debía maldecir y á todas horas bendigo, por ser así como los dioses nos han hecho á las madres. Yo hete llorado desde la hora en que cometiste la demencia de casarte con Silio; hete llorado á gritos por muerta, y muerta suicida... Hija mía, ignoraba todo cuanto en mi pecho te quería yo hasta que ha venido el trance de tu muerte. Todos los dolores con que has herido y todos los goces con que has encantado mi ser atropelláronse á una en mis recuerdos y en mis entrañas, no sabiendo ahora distinguir bien por qué te quiero más en mi desvarío: si por lo que me has hecho padecer, ó por lo que me has hecho gozar. Reconozco haberte dado vida, cuando tal empeño de conservártela tengo. Reconozco ser tu madre, tu madre natural, en que, después de haberme tú hecho llorar lo llorado á causa de tus ingratitudes, quisiera conservarte sobre la tierra y en vida siempre, aun á riesgo de que las cometieras nuevas y las cometieras contra mí. No queremos sino aquello por que ¡ay! hemos padecido mucho sobre la tierra. Yo invoco ahora los dolores del parto en que te tuve con las alegrías de la natividad en que te presentaron á mí desnudita y llorando. Mis carnes te han revestido de esas carnes. Mi sangre corre por tu cuerpo. Mi luz ha encendido esos ojos; mi calor ha animado esa vida. De mis huesos tus huesos; de mi ser tu ser. Yo he ofrecido morir por ti, Mesalina mía, y no han aceptado mi ofrenda. Y he ofrecido morir por ti, no en raptó de abnegación; helo ¡ay! ofrecido al impulso de mi egoísmo. Yo no puedo comprender que te vayas del mundo tú y en el mundo yo me quede. Si el verdugo, próximo á llegar, fuese capaz de cambiar por la tuya mi cabeza, presentársela de todo mi grado. Cuando te veo, aún me parece que palpitas en mis entrañas y que vives dentro de mí. Herida por tus caprichos, abandonada por tu ingratitud, infeliz á causa de las grandes alturas donde has, en alas de tu ambición y de tu fortuna subido, solamente veo en ti el ser generado por mi amor y por mi vida nutrido. Así, Mesalina, tu madre no puede menos que asistir á tu muerte, tan llorada como fué regocijado tu nacimiento. Déjame, pues, que te bese; que á

besos te coma. Déjame ahí en esos ojos mirarme, donde yo creía reverberar mi postrimer mirada. Déjame bendecirte, como te bendije al nacer. Déjame sostenerte ¡ay! en este último trance.

—¿Voy de veras á morir, Lépida? —preguntó Mesalina otra vez, muy resistente á penetrarse del mal que la esperaba.

—¡Vas á morir en verdad, hija mía, en verdad!

—¡Los dioses me asistan! ¡Yo no quiero morir, madre!

—Por unos pocos que se adelantan la muerte, casi todos mueren contra su voluntad.

—¡Tampoco quiero que me maten!

—¡Ya lo creo! Hija mía, breve la vida tuya, pero muy feliz. Tu madre te cuidó como una flor; tu marido te reverenció como una diosa. En tu casa primero, en tu trono más tarde, has hecho la omnímoda voluntad tuya. Ahora te ofreces á los ojos de todos tan miserable, porque nunca fuiste infeliz. Has pasado la vida sin contrariedad ninguna. Menester es que haya una grande adversidad para probar el ánimo, como menester es que haya una deshecha tormenta para probar al piloto. Lo peor de tu fortuna encuéntralo en hallarte desapercibida. Todos los días tiene que aparejarse para la eternidad el mortal. Arroja, pues, Mesalina, de tu corazón todo sentimiento soberbio, y deja caer en sus abismos la idea de tu inmediata muerte. Si la hubieras esperado, fácilmente la recibirías. Mírala frente á frente; y si no has de aceptarla con gusto, acéptala con resignación. Por muchos bienes que contemos en el mundo superan los males, y no es cosa de dolerse tanto por el fin y conclusión de todos éstos. Te apretará más la muerte si le tornas la espalda en vez de hacerle cara. Llanto habrá siempre: al nacer y al morir. Lo que piensas daño resulta remedio. Alza en este trance los brazos al cielo y no padecerás tantas congojas. Con la condición de salir entramos todos á una en la vida. No puede, no, estimarse como castigo aquello que se halla en la Naturaleza. Innumerables se nos han adelantado, é innumerables habrán de seguirnos. Esta noche te libra de algo peor que la muerte misma: de una vejez desgraciada. Consuélate y confórtate, Mesalina.

—Madre, no me hables de la muerte como un filósofo. Es bueno el estoicismo para representado en el Foro, no para practicado en el mundo. La filosofía que privó en mi ánimo siempre fué, Lé-

pida, el amor á la vida. Que me dejen vivir. Estos labios tan rojos no pueden descolorarse; no pueden extinguirse, no, estas pupilas tan resplandecientes; no puede perderse la llama siempre vívida que siento por todo mi cuerpo: deseo vivir y viviré, pese á quien pese. No se ha forjado todavía el puñal que ha de matarme.

—No te formes ilusiones ¡ay! ni acaricies insensatísimas esperanzas. Al venir aquí, los espías de Narciso me han arrestado y he visto en sus ojos, siniestros como los del buho, tu sentencia de muerte y en sus manos los instrumentos de tu suplicio. Lo más extraño no parece que mueras, que vivas todavía, cuando Narciso temporalmente ocupa el Imperio tan sólo para matarte.

—Pues á eso te digo que Claudio no pasa por mi muerte. Y no pasando Claudio por mi muerte, sólo se trata de salvar el pellejo en este instante adversísimo. Al poco tiempo me necesitará, pues no puede vivir sin mí á su lado. Y en cuanto me necesite, recobraré toda influencia sobre su ánimo y le sugeriré una matanza, una degollación, el exterminio universal de todos mis enemigos. Aún dicen que yo inmolo muchas gentes en mi reinado. Si hubiera procedido contra los libertos de casa cual procedí contra los demás enemigos de fuera no pasara en estos instantes por tales angustias. Tienes razón tú, Lépida; ¡impera Narciso en Roma, y no me ha mandado matar ya? Es que no puede, no, matarme. Viviré, madre mía, viviré. No puedo morir ahora que acabo de reconciliarme contigo. Yo seré buena, yo educaré mis hijuelos bajo tus alas maternas. Yo miraré como estrellas de mi vida tus ojos. Yo ejerceré mi augusto imperio en provecho de todos. Quiero vivir, y viviré.

Mientras decía estas frases horribles de resistencia inútil al destino implacable la emperatriz desesperada, una de sus siervas arriba sin aliento al sitio donde forcejeaba contra su triste suerte, y cayendo á sus pies grita: ¡ahí se acercan los verdugos! La muerte iba con golpe certero á herir la vida en toda su robustez y en toda su expansión. Mesalina parecía una vaca lechera, de las que relucen por su piel brillante, cautivan por sus hondísimos ojos, rumian á todas horas, y cuando no rumian pastan y se anegan en hierbas altísimas hasta los corvejones, gozosas con el placer infinito de vivir. Su aspecto, aunque patricia, reina, dama, recordaba el campo libre y abierto, por lo fornido y por lo rural. Así traía